

El cuerpo apostólico. Una ¿nueva? concepción

*Josep M^a Rambla, sj**

I. "Ahora anuncio cosas nuevas" (Is 48,6)

No partimos de cero

Al entrar en el tema de la colaboración apostólica con los laicos, con la perspectiva de una nueva concepción del cuerpo apostólico, me parece importante no olvidar lo ya adquirido, doctrinalmente o en la práctica eclesial y, en particular, en el apostolado de la Compañía de Jesús. Porque en los documentos más autorizados y en la praxis de la Compañía durante estos últimos años, se hallan ya los brotes de una nueva manera de concebir la cooperación con los laicos.

Eclesiología de comunión. En primer lugar, la Eclesiología de comunión ha ido penetrando ya en la conciencia eclesial, aunque haya que reconocer resistencias no despreciables, sobre todo por parte de la jerarquía. En la Compañía, esta Eclesiología de comunión parece bien asumida, según lo muestran los documentos de las Congregaciones Generales recientes desde la 31 (1965), hasta la 34 (1994-1995), la última, y los documentos más autorizados de los Generales Arrupe y Kolvenbach. Consecuentemente, la Compañía muestra su plena disposición para colaborar con los demás cristianos y cristianas y otras instituciones religiosas en la Iglesia y también pide y está pronta a recibir las aportaciones que vienen de los demás. Un sentido teórico y práctico de comunión se expresa en las orientaciones de la Compañía actual y

* Jesuita. Director de EIDES y colaborador de Cristianisme i Justícia. Cornellà (Barcelona).

se extiende universalmente con notable eficacia, de modo que ésta colabora con personas de distintos carismas y profesa que "ser 'hombres con los demás' es un aspecto central de nuestro carisma y profundiza nuestra identidad"¹.

Especial valoración del laicado. Concebir a la Iglesia como una comunión de iguales que comparten una misma vocación lleva a una especial valoración de los laicos, que la Compañía profesa de forma inequívoca y decidida. Así, a partir de una lectura de los signos de los tiempos, la Compañía de Jesús contempla la Iglesia del milenio que empezamos como "Iglesia del laicado" y "reconoce como una gracia de nuestro tiempo y una esperanza para el futuro"² el que los laicos tomen parte activa en la vida y misión de la Iglesia³. Son de una especial significación estas palabras recientes del P. Kolvenbach: "Cuando rezamos juntos por las vocaciones a la Compañía, recemos especialmente para que Dios prepare y llame a este servicio a jóvenes que formen parte de la "Iglesia de los laicos". Los hombres que entran en la Compañía deberían recibir formación para apreciar esta 'gracia de nuestros tiempos', y así enraizarse y cimentarse en esta manera de proceder que define hoy al jesuita"⁴. Esta conciencia viva de la comunión eclesial y el particular aprecio de la misión del laico, ha llevado, sobre todo desde estos últimos treinta años, a atribuir especial importancia al rol de los seglares en el apostolado propio de la Compañía y promovido por ella. En efecto, la actitud y la práctica de la Compañía corresponden a la emergencia del laico dentro de la Iglesia, hecho que, aparte de tener fundamentos evangélicos y neotestamentarios irrecusables, echa sus

¹ CG 34, d. 13:4.

² CG 34, d. 13:1.

³ Los documentos de las cuatro últimas Congregaciones Generales desde 1965 a 1995 y las orientaciones de los Padres Pedro Arrupe y Peter-Hans Kolvenbach, Generales de la Compañía, durante estos últimos cuarenta años son innumerables. Sólo como reflejo del interés la Compañía por la colaboración con los laicos puede verse el número 99/2002 de la de Espiritualidad Ignaciana donde se recogen varias ponencias y aportaciones a la universal del Padre General sobre la colaboración ignaciana de la Compañía con los laicos.

⁴ Colaboración con los laicos en la misión. *Celebración de los 125 años de celebración entre jesuitas y laicos en Omaha, Universidad de Creighton*, 6 de octubre de 2004. Información SJ, n. 105 (2004)157-171. La cita está en p. 167. En adelante citado como: Kolvenbach, Creighton.

raíces más recientemente en los movimientos que fueron desarrollándose en la primera mitad del siglo XX (Acción Católica General, JOC, ACO, Congregaciones Marianas y más recientemente, Comunidades de Vida Cristiana, Institutos Seculares, y un larguísimo etcétera) y que recibieron un fuerte espaldarazo en el Vaticano II y en recientes declaraciones de Juan Pablo II. La teología del laicado y el impulso de los movimientos laicales han gozado de una tal fuerza en la vida de la Iglesia, que a veces, en virtud de su misma vitalidad, han ocasionado algunas de las tensiones y conflictos recientes más notables. Pensemos solamente en la crisis de los movimientos especializados de Acción Católica en la España postconciliar. Y, si se analiza la vida de las parroquias o el peso de los laicos en las distintas instancias, más o menos elevadas, de decisión, aparece una notable desproporción entre las declaraciones de la jerarquía y la tesis de los teólogos y la praxis eclesial ordinaria.

Seducción de la espiritualidad ignaciana. Por lo que se refiere más particularmente a la relación de los laicos con la Compañía de Jesús, se comprueba un cierto interés por la espiritualidad ignaciana. Lo *ignaciano* parece ejercer un cierto poder de seducción en la Iglesia e incluso fuera de ella. Esto se puede comprobar en un renaciente interés por los Ejercicios Espirituales bien practicados según la propuesta ignaciana, un deseo de participar en el ministerio de dar estos Ejercicios a los demás, la vitalidad en muchos países de las Comunidades de Vida Cristiana, la colaboración gustosa en obras apostólicas de la Compañía de Jesús (educativas, intelectuales, sociales, etc.), el deseo manifestado por distintas personas de ligarse con algún vínculo a la Compañía (su espiritualidad o su misión), etc. De hecho las formas de colaboración de seculares con la Compañía y su misión ofrecen un panorama variadísimo como puede comprobarse en la presentación sintética que de él hace la Congregación General 34: en obras de la Compañía, en obras no jesuíticas, con asociaciones (Comunidades de Vida Cristiana, Voluntariado Jesuítico, Asociaciones de Antiguos Alumnos, Apostolado de la Oración), vinculación de algunas personas con lazos más estrechos y, todavía deja abierto el panorama a “oportunidades de futuro”⁵.

⁵ CG 34, d. 13:10-25.

Espiritualidad ignaciana y espiritualidad seglar. Finalmente, el hecho que acabo de describir manifiesta que en la misma espiritualidad ignaciana se da una capacidad o aptitud especial para iluminar y alimentar cristianamente a los laicos⁶. No sólo porque los Ejercicios Espirituales, que son la médula de la espiritualidad de Ignacio de Loyola, son mistagogía de vida cristiana común, apta para cualquier forma de vida evangélica, sino porque abren al ejercitante a una manera de vivir al encuentro con Dios y la escucha de sus llamadas en cualquier situación de la vida, sin circunscribir la espiritualidad al ámbito de lo formalmente eclesial. El seglar o la seglar que experimenta los Ejercicios se encuentra bien equipado para reconocer la presencia activa de Dios en los mil avatares y situaciones de la vida en el mundo y dispuesto para responderle de modo que pueda en todas las cosas y enteramente amar y servir a Dios⁷. Es decir, puede hacer de su vida, como corresponde a la llamada del Señor, un culto agradable a Dios⁸. Además, hay una conexión entre la experiencia de los Ejercicios y el espíritu y la dinámica de colaboración que ha de caracterizar el trabajo apostólico conjunto de jesuitas y laicos⁹.

Valgan estas breves notas para tomar conciencia de una concepción y unos hechos ya asumidos y para no cuestionar inútilmente lo que ya debe ser irrenunciable en estos momentos.

Y, sin embargo...

Sin embargo, los riesgos no escasean. Veamos unos cuantos que se atraviesan en el camino ya emprendido.

Los laicos como coartada. Uno de los peligros que nos amenazan es el de refugiarse en los laicos para cubrir iugares y tareas a las que ya no llega el clero o los religiosos, en nuestro caso los jesuitas. Estos últimos años se ha comentado con frecuencia este riesgo, en un sentido u otro: unas veces, para declarar rotundamente que no es la necesidad

⁶ Sobre este punto puede verse mi artículo: *Ignacio de Loyola y la vocación laical*, Manresa 67 (1995)5-19.

⁷ Cfr. Ej. 233.

⁸ Cfr. Rm 12,2.

⁹ Véase: P.-H. Kolvenbach, *Ejercicios y Co-actores*. Revista de Espiritualidad Ignaciana, n. 99 (2002) 25-33.

de colaboradores lo que nos ha hecho volver la mirada a los seglares y recurrir a su colaboración; otras veces, para echar en cara al clero y también a los jesuitas que no nos creemos de verdad la importancia fundamental de los laicos en la misión de la Iglesia y de la Compañía. A veces, parece que los jesuitas no se fían del todo de la validez de los laicos para colaborar en la misión de la Compañía y se oye: tienen poca formación, no se comprometen del todo debido a las ataduras que impone la familia o a causa de las necesidades económicas no disponen de las condiciones favorables para las tareas encomendadas, etc. En muchas ocasiones, el recurso a los seglares es para la simple colaboración (aunque quizá se diga que tienen responsabilidad real) y no se les permite asumir una auténtica responsabilidad o corresponsabilidad. En este caso el seglar viene a ser como una prolongación del brazo de la Compañía para que ésta llegue a donde no podría llegar por ella sola.

El seglar no es un minijesuita. Quizá por exceso, se da el riesgo de convertir al seglar en una especie de minijesuita implicándole de tal modo en el apostolado jesuítico que la aportación propia de la secularidad, la autonomía y la experiencia propiamente mundana, que es lo que caracteriza el apostolado laical como tal, quede muy disminuida o desdibujada. Aparte de que el laico se convertiría en un cristiano menor de edad, dada su dependencia de una esfera clerical o religiosa. Es evidente que ésta no es la concepción de la Compañía y hay inequívocas declaraciones de Arrupe (el cual advertía que un seglar colaborador de la Compañía no ha de convertirse en un "minijesuita") y de Kolvenbach, que desvanecen cualquier duda¹⁰. Sin embargo, a pesar de no ser ésta en ningún modo la voluntad de la Compañía, la amenaza de caer en este peligro de absorción del seglar no es algo puramente imaginario y hay que estar alerta para no contentarnos con las declaraciones de intenciones. No se debe olvidar en la práctica que la aportación del seglar al apostolado de la Compañía no es sólo el de una competencia apostólica, como es obvio con espíritu evangélico, sino el de inyectar en las distintas formas de apostolado de la Compañía la fuerza de

¹⁰ El Padre Kolvenbach, refiriéndose a seglares asociados con un especial vínculo a la Compañía, recordaba la insistencia de la CG 34 en que éstos no forman parte del cuerpo de la Compañía. Cfr. Acta Romana S.I., 23 (2003) 103.

su carisma laical. Ahora bien, una participación seglar intensa en un proyecto jesuítico, cuando se parte de la iniciativa de la Compañía como suele ser muy habitual, puede llevar el sello del carisma jesuítico, que es religioso, pero se corre el riesgo de que la aportación a este proyecto por parte del seglar pierda el distintivo de su carisma laical, diluyéndose en una iniciativa apostólica propia de jesuitas, aunque apoyada por laicos.

Valorar y respetar de hecho el carisma laical. Finalmente, impulsados por un espíritu optimista y abierto que busca “trabajar con todo el mundo”¹¹, podemos creernos que al realizar esto ya hemos asumido la tarea de trabajar con seglares como tales. La apertura a la colaboración universal, aunque lleve a trabajar generosamente con todo el mundo, no conlleva necesariamente el respeto a la diversidad de carismas y, en concreto, al carisma de los laicos. Porque podemos trabajar con todo el mundo, pero no hacerlo de modo conveniente, situándonos en el lugar y modo que nos corresponde dentro de la sinfonía carismática de la Iglesia. Particularmente, no es nada fácil, dada nuestra historia y también algunas experiencias negativas con laicos, tomarnos en serio y en la práctica su carisma propio para el bien de la Iglesia y, por tanto, para el bien de nuestro apostolado. ¿Tendrá que ver con esto aquello de que el jesuita participa en muchas reuniones... cuando las preside?

El fondo de la cuestión

¿Estamos sinceramente convencidos? La primera pregunta que deberíamos respondernos sinceramente todos los jesuitas es la siguiente: ¿Estamos convencidos de verdad de las afirmaciones de la Compañía relativas a los laicos y al trabajo apostólico con ellos? No se trata de que entre los jesuitas haya buena o mala voluntad, sino simplemente muy probablemente a menudo, en nuestras obras y actividades, actuamos movidos por lo pragmático sin una real convicción de que las cosas van en el sentido de lo laical. En la práctica, no siempre parecemos convencidos de que los laicos participen de la misma dignidad y carisma de la condición cristiana común, es decir, de aquella que les hace, igual a nosotros, agraciados por la bondad de

¹¹ CG34, Introducción al decreto 13, p. 287, nota 3.

Dios. Por tanto, al plantearnos la colaboración de los laicos y con ellos, no estamos en primer lugar ante asunto de planificación o de estrategia apostólica, sino en el corazón de la realidad carismática de la Iglesia, en el nivel de la acción del Espíritu Santo. Y, por esto, "necesitamos desplazar cada vez más el centro de nuestra atención del ejercicio de nuestro propio apostolado directo a la potenciación del laicado en su misión"¹². Si no despejamos esta incógnita para posicionarnos en la perspectiva pneumatológica, las decisiones de colaboración adolecerán de falta de hondura y, a veces, quizá también de un cierto oportunismo.

"La gracia de la conversión". No debe ceñirse a la relación con la mujer lo que la CG 34 dice respecto de nuestro comportamiento con ella. "Primero pedimos a Dios la gracia de la conversión"¹³. Porque, como consecuencia de la necesaria profunda convicción indicada, resulta imperiosa la conversión que se ha de manifestar en cosas como el ser a la vez hombres *para* los demás y *con* los demás¹⁴ y se ha de traducir en que "debemos ser no solamente amigos y compañeros del Señor y unos de otros, debemos ser amigos y compañeros de nuestros colaboradores en la misión"¹⁵. Y los amigos se conocen mutuamente, se respetan y confían unos de otros, y se comparten las gracias y los desafíos de sus vidas¹⁶. A menudo, pues, deberemos "renunciar a la realización que nace del trabajo personal directo para animar y reforzar el trabajo de otros", lo cual "es comprensiblemente difícil para algunos jesuitas"¹⁷. Y hay que superar el miedo a creer que se nos va de las manos nuestro patrimonio, ya que en la colaboración con los laicos no se trata de perder las identidades, sino de compartir dones y riquezas¹⁸. Esto no se podrá

¹² CG 34, d. 13:19.

¹³ CG34, d. 14:9.

¹⁴ Cfr. CG 34, d. 13:4.

¹⁵ Kolvenbach, Creighton, 162. Kolvenbach recuerda la CG 34, d. 26: 16, donde se dice: que la cooperación con otros en la misión "es una dimensión esencial de nuestro actual modo de proceder".

¹⁶ Kolvenbach, Creighton, 165.

¹⁷ Kolvenbach, Creighton, 168.

¹⁸ Véase el comentario sobre este punto de una colaboradora de la Compañía: Jenny Go, *Viaje a la Asociación*, Revista de Espiritualidad Ignaciana, 2002, n. 99, p. 42. Cfr. CG 34, d. 14: 12. d. 14: 10.

realizar sin una sincera disposición para escuchar a los demás, que nos aportan sus propios valores y experiencias¹⁹. Por tanto la actitud de reconocimiento de la CG 34²⁰ por tantos bienes recibidos de las mujeres colaboradoras con nuestras obras y ministerios debería extenderse de forma natural a los seculares colaboradores nuestros, no como simple cortesía, sino como expresión de una mirada de fe a la realidad de la Compañía, que es obra del Espíritu.

La profesionalidad se supone. Además del cambio de mentalidad y de actitudes prácticas, se supone, evidentemente, la necesaria profesionalidad por parte de todos, pero, en el caso que nos ocupa, sobre todo por parte de los jesuitas. Es decir, una colaboración con los seculares pide el respeto a sus competencias y responsabilidades, dejando la libertad que les corresponde en el ejercicio de sus cargos o tareas, sin injerencias o paternalismos. La gestión de las actividades o de las instituciones se ha de desarrollar con aquella seriedad que se exige de cualquier actividad o institución semejante en la vida civil corriente. Si el carácter evangélico ha de notarse en algo ha de ser en la escrupulosa fidelidad a las exigencias verdaderamente humanas de lo que se lleva a cabo.

El camino recorrido por la Compañía en la colaboración con los laicos es ya inmenso. Sin embargo, traducir a la práctica lo que profesamos nos pide, como acabo de insinuar, un trabajo sincero de conversión de mentalidad y de actitudes y comportamientos. Ahora bien, en esta puesta práctica de los proyectos actuales de la Compañía en lo relativo a la colaboración con los laicos se halla una gran novedad que está ya brotando, pero que todavía no ha producido en toda su extensión y hondura los frutos que encierran germinalmente las claras y valientes tomas de postura de la Compañía. De aquí que al hablar de una “nueva concepción del cuerpo apostólico”, nos veamos forzados a confesar que la novedad principal se haya de modo embrionario y como promesa en lo que aquí y allá se está realizando en la universal Compañía como consecuencia de las orientaciones de estos últimos

¹⁹ Cfr. CG 34, d. 14:12.

²⁰ CG 34, d. 14:10.

años. Podemos aplicarnos las palabras de Dios: "Ahora te anuncio cosas nuevas" (Is 48,6), entre logros y retos algo nuevo se está alumbrando.

II. Una ¿nueva? concepción

De lo jesuítico a lo ignaciano, de la red al cuerpo

Y, sin embargo, la marcha del mundo y la sensibilidad eclesial nos empujan todavía más hacia delante. ¿Hacia dónde puede apuntar, pues una nueva concepción del cuerpo apostólico de la Compañía? Aquí, evidentemente, uno sólo se siente capaz de iniciar un capítulo de simples sugerencias para la reflexión y el diálogo. Es más, sospecho que la novedad a la que se dirige el futuro ha de estar en continuidad con muchas de las ideas y prácticas, más o menos asumidas, extendidas y practicadas, que ya están circulando en la vida apostólica de la Compañía de Jesús. Con todo, presiento que el carisma ignaciano común a jesuitas y a personas e instituciones no jesuíticas ha de ser un principio inspirador de esta nueva articulación del apostolado. Otro principio ha de ser el paso desde la estrecha relación y colaboración de la red ignaciana hacia la constitución de un único cuerpo apostólico, en el que no necesariamente esté incorporada la Compañía entera, sino algunos grupos de jesuitas o algunas instituciones de la Compañía. Presento, pues a continuación algunos capítulos de esta posible "nueva" concepción. Con todo, en lo que sigue no me refiero al caso de las personas o grupos que desean vincularse de algún modo jurídico con la Compañía (aunque no lo excluyo), sino a personas y grupos que simplemente comparten con la Compañía el mismo carisma ignaciano.

1. La CG 34²¹ ha consagrado e impulsado "una red apostólica ignaciana" a partir de tantas personas e iniciativas que se hallan dentro del ámbito de la espiritualidad ignaciana, sobre la base común de los Ejercicios Espirituales. Con esta red se espera conseguir "una mejor comunicación" y un "apoyo personal y espiritual entre estas personas y grupos" y optimizar "la misión de las personas de inspiración ignaciana en su tarea de evangelización del mundo". Esta red apostólica que

²¹ Cfr.d.13:21-22.

todavía es objeto de tentativas y discernimiento, ofrece un amplio campo a la creatividad apostólica. ¿Por qué no desarrollar más una forma de colaboración laicos-Compañía que no se explicita en la CG 34, pero que ya se da de algún modo en algunas partes? Al considerar la participación de los laicos en el cuerpo apostólico de la Compañía no nos referimos solamente a extender la espiritualidad ignaciana más allá de la Compañía, una extensión realizada incluso por personas que no son jesuitas. No basta con aumentar los miembros de las Comunidades de Vida Cristiana o con extender a más personas la práctica de los Ejercicios Espirituales o de incorporar a seglares en la tarea apostólica del acompañamiento de Ejercicios o del acompañamiento espiritual en la vida (la antigua dirección espiritual) o de reforzar la colaboración entre jesuitas y no jesuitas. Aquí me refiero a incorporar a los seglares (sea individualmente, sea como parte de un grupo) en la acción apostólica como parte activa en la determinación de la misma "misión" de inspiración ignaciana. De este modo el cuerpo apostólico estaría compuesto por un órgano mixto en las instancias últimas o más altas de decisión y pasaríamos, en estos casos, a considerar de una manera nueva "nuestro" apostolado²². Porque jesuitas, o la Compañía de Jesús, compartirían con los seglares (no se excluye, claro, la posibilidad de otras personas no jesuitas) en la deliberación y decisión de determinadas "misiones".

2. Parece que con esta manera de concebir la colaboración apostólica de la Compañía se daría una auténtica y plena incorporación de los laicos, y más concretamente los seglares²³ en la misión apostólica, que no sería ya sólo jesuítica, sino ignaciana. Así los seglares no sólo prestarían colaboraciones y serían responsables o corresponsables del apostolado, sino que enriquecerían con el propio carisma secular la

²² Sin llegar a lo que ahora propongo, el P. Kolvenbach dice que "los jesuitas deben pensar en 'nuestra' parroquia, nuestra casa de ejercicios, o nuestro colegio de una manera nueva" (Kolvenbach, Creighton: p.163).

²³ Para diferenciar bien los laicos que forman parte de algún Instituto de vida consagrada de los que no pertenecen a ninguna asociación de este género, resulta conveniente distinguir entre *laicos*, de cuya condición participan también los religiosos que no son clérigos, y *seglares* que participan del todo de la condición secular. A éstos, sobre todo, me refiero en este artículo. Puede verse: Clodovis Boff, *A dimensão de laicidade da vida religiosa*, Revista Eclesiástica Brasileira, n. 215 (1994) 547-588.

actividad apostólica. Piénsese en lo que aporta a menudo la presencia activa de alguna persona seglar en la sensibilidad social o política de lo sexual o de lo femenino, en el realismo de la persona que vive por propia vocación en las condiciones y servidumbres de la vida corriente (economía, hijos y familia, vivienda, etc.)²⁴. La espiritualidad ignaciana es un punto fuerte para el desarrollo de la Iglesia de los laicos, esta Iglesia que la Compañía desea y espera, orientada enteramente hacia el mundo, de la cual "el estado de vida laical será la realidad focal"²⁵.

3. Una precisión de gran importancia: la colaboración a la que hago referencia no consiste sólo en una colaboración competente y eficaz en una tarea (educación, acción social, investigación, pastoral, etc.), sino en un compromiso apostólico que arraiga en el carisma ignaciano compartido, es decir, en una gracia y, por tanto, don gratuito, puesto como fundamento de la actividad que se realiza mediante la "misión". Dicho de otro modo, no nos moveríamos en el campo de la organización competente y eficaz, cosas nada desdeñables e imprescindibles, sino en el del don y la llamada por parte de Dios, del Espíritu. Esto es desde luego muy ideal, pero no podemos poner trabas al Espíritu y posiblemente algunas de las cosas que he indicado en los primeros párrafos son indicios de por donde nos lleva el Espíritu Santo en este momento de la vida de la Iglesia y de la Compañía. Sobraría decir, a no ser que las tentaciones espiritualistas no aflorasen todavía con una persistencia sorprendente, que la acción del Espíritu Santo no se limita a la vida interior, sino que abarca todas las dimensiones de la persona y sus relaciones con los demás, con la sociedad en general y con la naturaleza. El ámbito de lo espiritual es inmenso y de una incidencia desestabilizadora donde dominan criterios y corrientes deshumanizadoras.

4. Esta propuesta exige de algún modo redimensionar la Compañía de Jesús. Porque no se trata sólo de formar espiritualmente a los seculares para que asuman responsabilidades apostólicas con los jesuitas según el espíritu ignaciano, sino de que entren a formar parte de

²⁴ Sobre la especificidad seglar en la Iglesia puede consultarse mi artículo: *La espiritualidad laica. Afirmación y ruptura de la vida secular "desde dentro"*, Sal Terrae, noviembre (1994), 771-781.

²⁵ Christian Grondin, *Ignatian Identity in Transition*, The Way 42(2003) n. 4, 32 cita, en p. 43.

este proyecto con iniciativa y autonomía. Sin que la Compañía sufra en su concepción esencial, expresada en la Fórmula del Instituto y documentos autorizados posteriores, se puede, por lo menos en algunas situaciones determinadas, buscar una estructuración del apostolado que respete del todo el carácter de comunión eclesial de modo que los seglares entren en pie de igualdad en la concepción y en la gestión del apostolado según el espíritu ignaciano, actualizado de un modo por los jesuitas y de otro por los seglares. Sería el caso de promover conjuntamente algunas instituciones apostólicas o de realizar determinadas planificaciones también apostólicas. Aquí hay una cierta novedad respecto de lo que se dice explícitamente en los párrafos arriba citados de la CG 34 relativos a la "red apostólica ignaciana" y, por otra parte, tampoco se incluye propiamente el caso particular de personas o grupos laicos que puedan vincularse de un modo más estrecho con la Compañía²⁶. Hasta el presente la Compañía ha estado al servicio de los seglares o bien para que vivan su vida secolar al margen de nuestras iniciativas e instituciones apostólicas o bien para que se formen con el fin de colaborar con nosotros en nuestros proyectos y apostólicos. Esto es bien legítimo y constituye un campo en el que todavía hay que dar muchos pasos. Sin embargo, pienso que nos quedaríamos cortos si no avanzásemos en la dirección de una mayor corresponsabilidad laical en proyectar y decidir proyectos apostólicos y luego en, compartir responsabilidades.

5. ¿Cómo debería desarrollarse esta concepción del cuerpo apostólico? Evidentemente, como lo he dejado claro anteriormente, lo que propongo no implica el olvido de los logros ya conseguidos en las distintas formas de cooperación entre la Compañía de Jesús y los seglares y que son también prometedores de novedad, aunque no debamos limitarnos a ello. Se debería buscar una forma muy bien elaborada y clara para constituir un proyecto de cuerpo apostólico ignaciano, en el cual tanto la Compañía como los seglares conservasen su identidad correspondiente y a la vez conformasen un sujeto único apostólico. El carácter ignaciano del cuerpo es lo que daría unidad al proyecto, sin que los

²⁶ Sobre este punto: CG 34, d. 13, 23-26 Y la más reciente carta del P. General en Acta Romana S.J., 23(2004)1,102-104.

seculares se convirtiesen de algún modo en jesuitas, ni éstos tuviesen que renunciar a su condición de religiosos según el propio Instituto.

Naturalmente, esto constituiría una cierta novedad en la cual los seculares se encontrarían como corresponsables en plano de igualdad con la Compañía de Jesús ya a la hora de tomar decisiones y, luego, en la ejecución y seguimiento de las mismas. El carácter ignaciano no sólo debería afectar a la vida personal de los distintos miembros de dicho cuerpo, sino que afectaría a los criterios tanto de selección y orientación de actividades como a la forma de tomar las decisiones, según un verdadero discernimiento cristiano. El proyecto, ciertamente difícil y delicado, no es un puro sueño. De hecho, aunque se trate de cosas bastantes distintas, hay ya realidades eclesiales como, por ejemplo, las comunidades de base o algunas parroquias, en donde se da una diversidad sustancial de miembros, pero en cambio se participa en ellas con igualdad en la toma de decisiones y en el compartir la misma responsabilidad. La colaboración apostólica que propongo vendría a ser una especie de federación de entidades plenamente constituidas y autónomas, pero unidas para un objetivo común desde la misma determinación de dicho objetivo.

Este proyecto, tal como se concibe, no desnaturalizaría la Compañía de Jesús, que desde los mismos inicios de su historia ha estado marcada por la creatividad y la adaptación a lo que pidan la gloria de Dios y el bien común²⁷. Por lo que se refiere a la vida religiosa de los jesuitas y al modo de gobernarse y tomar decisiones no debería cambiarse nada, pero por lo que se refiere a las instituciones apostólicas, es evidente que se producirían cambios notables. La historia reciente con iniciativas muy variadas en materia de cooperación con laicos y otras personas no jesuitas ofrece ya experiencia suficiente para avanzar también en esta línea²⁸.

²⁷ En los primeros años de la Compañía ya el mismo Ignacio, movido por lo que pedía la gloria de Dios y el bien común, creó y promovió colegios que redujeron la absoluta movilidad de los jesuitas, característica de los primeros tiempos, y exigieron un nuevo tipo de pobreza, la de los colegios, distinta de la de las casas.

²⁸ Por ejemplo, la experiencia del Centre de Spiritualité de Québec, tal como la presenta. Christian Grondin en el artículo citado, *Ignatian...*

6. Para terminar, conviene hacer constar que la necesaria formación para la colaboración con los laicos²⁹ es más imperiosa todavía para llevar a término este proyecto. Como se desprende de todo lo precedente, una colaboración como la descrita no se asienta sólo ni principalmente en la competencia profesional, aunque ésta es esencial e imprescindible, sino en el carisma ignaciano compartido por igual entre Compañía de Jesús y seglares, ya que no es patrimonio exclusivo de jesuitas. "El estado laical... forma parte de un tipo de misión ignaciana genuina, que es distinta: ignaciana, pero no jesuítica"³⁰. Ahora bien, esto requiere de ambas partes una formación cristiana general y básica, para lo que acabamos de presentar se espera una formación profunda y mantenida. En primer lugar, la práctica de los Ejercicios Espirituales de san Ignacio según el método más fiel, puesto que capacitan "para servir con mayor libertad, para discernir 'el mayor bien' entre una variedad de bienes, y para encontrar la intimidad con Dios en su vida diaria de servicio"³¹. Una formación espiritual (no, espiritualista, claro) según el paradigma que se muestra en el Examen de las Constituciones y en la Parte III de las mismas, donde se compagina la profunda experiencia interior con las prácticas que ayudan a realizar una espiritualidad apostólica integradora (contacto real con el mundo de los pobres y del dolor, experiencia personal de pobreza y humildad, práctica de comunicación de la fe de modo vivencial). Junto con todo esto se debería profundizar en un estudio de las líneas ignacianas de planificación apostólica expuestas en la Parte VII de las Constituciones,

²⁹ Véase CG 43, d. 13: 9 y 26. En *Algunas Conclusiones aprobadas* de la Consulta realizada en Roma en febrero de 2002, se lee en la séptima conclusión: "Tanto los jesuitas con los laicos necesitan una formación permanente en la espiritualidad ignaciana [NC 307, 2]. Unos y otros, pero los jesuitas en particular, necesitan ayuda para aprender a trabajar juntos" *Revista de Espiritualidad Ignaciana*, 2002, 99, p. 73.

³⁰ Grondin, *Ignatian Identity*, p. 38. Son muy pertinentes estas reflexiones: "Hoy día, los términos 'franciscano', 'jesuita', 'dominico', 'carmelita', etc., son *sustantivos* cuando se aplican a los religiosos, *adjetivos* cuando se aplican a laicos. Pero ¿qué ocurriría si cada uno de estos términos se transformase en un *sustantivo* para todos los fieles que el Espíritu llama a pertenecer a una misma 'patria carismática'? ¡Qué riqueza tendríamos si la normal y justa diferencia entre los estados de vida se realizase en el interior de un sujeto carismático común!". Antonio María Sicari, *Anciens charismes dan 'Eglise d'aujourd' hui*, *Vie Consacrée* 75 (2003) 370-385. Cita, en p. 380-381. Sólo basta cambiar en la enumeración precedente *jesuita por ignaciano* para que la reflexión resulte muy oportuna para el tema que nos ocupa.

³¹ Kolvenbach, Creighton, p. 164. La primera de las *Conclusiones* de la Consulta de Roma de 2002, reza así: "Una sólida experiencia de los Ejercicios Espirituales debe fundar cualquier tipo de asociación ignaciana", p. 68.

actualizadas en las Congregaciones Generales más recientes y en la praxis de la Compañía a lo largo de su historia. Entre estas actualizaciones hay que destacar la de la opción por el servicio de la fe y la promoción de la justicia, porque "si los jesuitas no compartimos este elemento constitutivo de nuestra misión común, las tareas apostólicas que llevamos a cabo, correrán el riesgo de perder su talante profético y su desafío radical"³². Y todo el conjunto de la formación debería conducir a la asimilación del espíritu y la práctica del discernimiento apostólico comunitario, imprescindible para llegar a opciones evangélicas y, más concretamente, según el espíritu ignaciano.

Conviene destacar que esta formación, sobre todo la posterior a los Ejercicios Espirituales, debe hacerse de modo que la experiencia seglar entre en diálogo con las formulaciones y prácticas ignacianas que en buena parte son orientaciones directamente dirigidas a la Compañía de Jesús. Es más, los jesuitas han de convencerse prácticamente de que la formación no es sólo unidireccional, sino que también los seglares han de ser formadores de los jesuitas. Estas palabras de Arrupe deberían hacernos reflexionar y movemos a actitudes humildes y receptivas respecto de los laicos:

"La Compañía... ha de recibir inspiración de vosotros [los seglares], como vosotros de la Compañía. Vosotros podéis dar inspiración a la Compañía... El Señor puede hablarnos directamente al corazón, pero también puede hablaros a vosotros y, a través de vosotros, a nosotros, a la Compañía... Vosotros con vuestro ejemplo y vuestra capacidad podéis ser para nosotros de gran inspiración: en esto haréis una verdadera obra apostólica. Debéis ser apóstoles de la Compañía. También nosotros necesitamos apóstoles que nos hablen en el nombre del Señor"³³

"Según que parecerá conveniente para la gloria de Dios y el bien común"
(Fórmula del Instituto S. I.)

El tipo de configuración del cuerpo apostólico que se propone está

³² Kolvenbach, Creighton, p. 164.

³³ Pedro Arrupe, *Hombres para los demás*, Diáfora, Barcelona, 1983. p.232.

en consonancia con realizaciones que ya se hallan en plena circulación y también con la historia de la Compañía naciente y con la creatividad carismática que está en la misma esencia de la Iglesia.

La larga historia de las Congregaciones Marianas con su actualización como Comunidades de Vida Cristiana nos habla de la vitalidad que el carisma ignaciano puede inyectar en la vocación laical cristiana y a la vez también de una relación íntima de los seglares con la Compañía sin que ellos dejen de vivir su plena autonomía laical. La propuesta que he desarrollado no consiste simplemente en una colaboración apostólica, ni tampoco en formar necesariamente un cuerpo apostólico universal, sino que pretende desarrollar al máximo tanto las posibilidades laicales y seglares del carisma ignaciano como aprovechar mejor las potencialidades de cooperación entre la Compañía y los laicos, a partir de la espiritualidad ignaciana común, sin dependencias niveladoras y empobrecedoras ni desnaturalización de los dos distintos carismas ignacianos.

En el marco de la colaboración propiamente apostólica entre laicos y Compañía son muchas las iniciativas que se han llevado a la práctica, sobre todo estos últimos años. Tanto en el campo de la Educación y Enseñanza media o superior, como en el de la acción social y en el de la pastoral son abundantes los proyectos que se han concretado en todo el mundo. Muchos seglares varones y mujeres, han asumido con generosidad y convicción personal la colaboración seria con proyectos apostólicos de la Compañía, en muchos casos desempeñando funciones de dirección, a veces la más alta. Esto muestra que también en el ámbito de los proyectos apostólicos es muy factible una seria integración de los laicos en la misma "misión" apostólica a partir del común carisma ignaciano.

En la entraña de lo jesuítico se halla la apertura a continuas iniciativas y concepciones del servicio apostólico, en fidelidad al carisma, según lo que pide el mayor servicio de Dios y el bien común. No podemos olvidar que, guiado por este Espíritu, Ignacio en los años de su generalato dio varios pasos importantes hacia una nueva configuración de la Compañía: admitió coadjutores dentro del cuerpo apostólico de la Compañía, parte los cuales eran laicos y fomentó decididamente la creación de colegios para la educación de los seglares. Es decir, la creatividad ignaciana no se ciñó al campo de proyectos apostólicos, sino que estuvo atenta a modificaciones de

la misma estructura del cuerpo apostólico y de su concepción del apostolado.

Finalmente, la cualidad carismática de la Iglesia, que el Vaticano II puso nuevamente de relieve, nos pide estar atentos a las llamadas que este mismo Espíritu hace a la Iglesia, muy conscientes de que lo carismático en la Iglesia no se limita al estado de vida consagrada. Como se ha dicho, "las semillas carismáticas en cuanto tales ya no se hallan donde surge la vida consagrada y donde se ramifican los distintos institutos religiosos. Al contrario, se hallan situadas donde el tronco de la Iglesia está plantado en la tierra, casi al nivel de las raíces, porque el Espíritu, de hecho, las destina a la edificación de la Iglesia"³⁴. El hecho de que haya personas que deseen contraer algún tipo de vínculo con la Compañía (caso que ahora no consideramos directamente) o personas que buscan incorporarse a una forma de apostolado ignaciano, desde su misma condición seglar, puede ser signo de que el Espíritu está inspirando y moviendo algo que nos obliga a un serio discernimiento para responder a su llamada. Y este mismo Espíritu puede seguir inspirando otras formas de apostolado a partir del carisma de Ignacio de Loyola.

Conclusión

A la vista de lo que acabo de exponer, creo conveniente añadir unas consideraciones finales, que servirán para precisar mejor el alcance de lo que se propone. Reflexiones que creo relevantes para toda forma de relación o vinculación de laicos con la Compañía.

Una cierta cautela se impone en un momento en que la disminución muy notable de vocaciones nos puede llevar, sin apenas darnos cuenta, a aprovechar cualquier iniciativa que venga a solapar la falta de efectivos para llevar adelante nuestros proyectos y compromisos apostólicos. Y quizá, mucha más atención a no dejarnos llevar por una cierta satisfacción y autocomplacencia compensatorias del vacío que al bajar tan sensiblemente el eco y acogida de nuestro carisma (como parte de la extensa indiferencia respecto del cristianismo) en el mundo de hoy. En efecto, el interés que algunos seglares (minoría en definitiva dentro de la sociedad que nos envuelve) manifiestan por nuestros

³⁴ Sicario Anciens charismes p. 376.

proyectos y por la espiritualidad ignaciana no ha de hacernos caer en el espejismo de que todos los deseos y prestaciones son signos evidentes del movimiento del Espíritu. Por tanto, ¡mucha atención a no caer en tentaciones con apariencia de bien!

Como consecuencia de lo anterior, por lo que se refiere a quienes han de vincularse con nosotros o han de formar parte de nuevos proyectos apostólicos, hay que aplicar la praxis ignaciana de fomentar la exigencia y el rigor en la selección de personas. Máxime, por las razones y riesgos aducidos en las líneas precedentes. Sin caer en extremismos que pueden ser expresión de falta de confianza en la iniciativa y acción del Espíritu y del miedo a arriesgarse, en momentos de crisis de vocaciones cristianas no sólo a la vida consagrada, parece sensato tender a una mayor exigencia en la selección de las personas.

Creo también muy conveniente fijar con mucha precisión y rigor el objetivo apostólico que se pretende y las posibilidades que la realidad permite. Por ejemplo, no es justo mantener determinados objetivos apostólicos cuando el equipo apostólico de que se dispone no está preparado, por falta de competencia o, lo que es más grave, por no compartir de hecho las finalidades del proyecto o no estar espiritualmente preparado para ello. Siempre corremos el riesgo de tapar agujeros, sin atender a que no basta que una institución funcione, si no mantiene de modo digno “su buen ser”, como decía san Ignacio. Junto con esta exigencia de precisar bien los objetivos pretendidos y de ajustar a ellos los medios (sobre todo los recursos personales), se da también la de delimitar bien, en concreto, las competencias, obligaciones y régimen o modo de proceder. Pues, sobre todo por parte de la Compañía, puede darse bien un cierto paternalismo unido a una falta de confianza manifestada en no ceder las responsabilidades que correspondan o bien una cierta abdicación, dejando en manos de seculares las responsabilidades sin el conveniente apoyo o seguimiento³⁵.

Todas las reflexiones que preceden se han escrito con el ánimo de aportar elementos para una reflexión y diálogo que parece muy

³⁵ Las Comunidades de Vida Cristiana, aún sintiéndose plenamente laicales, siguen confiando en la colaboración de la Compañía. Véase *Recommendations from the Nairobi World Christian Life Community. "Sent by Christ, Members of One Body"*, Acta Romana S.I. 23(2004)355-362. Ver, sobre todo 360-362.

necesario, en dos líneas. Una, para seguir madurando y perfeccionando formas de relación entre Compañía de Jesús y seglares que ya llevan unos años realizándose, pero que encierran cierta novedad, máxime después de las orientaciones provenientes de la eclesiología del Vaticano II. Es mucho lo que se ha reflexionado y realizado desde la Congregación General 31, en 1965. Otra, para estar atentos a que, tanto en la colaboración y corresponsabilidad apostólica de los seglares y la Compañía, como en alguna forma de vinculación personal de algunos seglares, cabe todavía perfilar puntos y dar muchos pasos adelante.

Sólo me he atrevido a trazar alguna pista "hacia una nueva concepción del cuerpo apostólico". Estamos en un terreno de novedades emergentes en la Iglesia (piénsese en la floración de nuevos movimientos y grupos espirituales y apostólicos) que intentan responder a las muchas situaciones interpelantes del mundo actual y no se puede pretender hallar soluciones simples y rápidas. Porque el discernimiento pide atender no sólo a los movimientos interiores de las personas, sino también al "proceso" de los pensamientos y proyectos. Por tanto, aquí sólo pongo "punto y seguido" con palabras del poeta Theodore Roethke, aducidas por el P. General: "Andando aprendo dónde tengo que ir"³⁶.

Josep M^a Rambla (2005). El cuerpo apostólico: una ¿nueva? concepción.
Revista Manresa, Madrid, Vol. 77, N^o 302 (enero-marzo 2005), pp. 5-22.

³⁶ Kolvenbach, Creighton, p. 169.